

# NOTAS SOBRE ARRIERIA

Por RAMIRO LAMO ARENAS

La industria de la "arriería", venida hoy a menos, como lo dice el autor del presente artículo, fue en su época —y esto por cerca de cuatro siglos— una de las actividades de mayor vinculación a la economía nacional. Cada una de las regiones del país, durante ese largo período, tuvo sus "arrieros" profesionales, hombres duros, curtidos a todas las intemperies, conocedores de todos los vericuetos y poseedores de la jerga y de los menesteres del oficio con los términos propios de cada provincia. El trabajo del señor Lamo se refiere a la "arriería" del Departamento de Santander, especialmente a la región del Socorro.

Se llama arriería el transporte de carga en animales, industria casi desaparecida con el advenimiento de las carreteras y el uso de los camiones para tal industria.

Arriero era la persona que se dedicaba a este trabajo.

La arriería no era, ni aún es, una labor fácil, y para poderla ejercer es necesario estar dotado de gran fuerza corporal, destreza en las labores propias del oficio y gran resistencia para soportar las privaciones y penalidades del viaje. Los viejos recitaban esta coplita, que da una idea de cómo debe ser un arriero:

Arriero que no procura  
a su mula hacerle ayuda,  
deje el oficio de arriero  
y coja el oficio de cura.

Y en verdad que hubo muchos que dejaron de ser arrieros y después fueron eminentes prelados, o como el caso de don Aquileo Parra, que después fue Presidente de la República.

Lo curioso es que esta misma coplita se la aplicaban a la carrera del sacerdocio con una pequeña variación, y sin duda alguna no era menos diciente:

Cura que no procura  
llevar sus almas al cielo,  
deje el oficio de cura  
y coja el oficio de arriero.

El arriero de antaño era garboso, locuaz, debía saber tocar el tiple y cantar, tomar aguardiente y enamorar a las muchachas de las posadas, no ser cobarde y parar la pelea cuando las circunstancias lo exigían, y otras muchas cosas más.

En cuanto al caporal, por el cine nos hemos dado cuenta de que en Méjico se designa con este nombre a la persona de confianza en una hacienda, o como quien dice lo que entre nosotros se llama mayordomo. El caporal es, en arriería, el muchacho encargado de encabezalar las mulas, trancar las cargas, cocinar y desempeñar otros oficios menores.

La persona encargada de dirigir la operación, pagar las cuentas, comprar y vender, se designaba con el nombre de confidente.

En arriería hay muchas máximas para augurar las cualidades de los animales o sus posibles defectos, siendo las más comunes las siguientes:

Normas para animales muy buenos:

*Mula negra me alegra y mula mora me enamora.*

Para animales muy buenos, pero pícaros:

*Mula retinta, descansada brinca, y mula acobrada la cara, que no le falte la carga.*

Para animales malos:

*Mula baya que se vaya.* Por lo general la mula baya clara es mala para el trabajo. *Mula patigruesa y rabona siempre hace la roña.* Caminan muy poco y siempre van de últimas. *Casco blanco o amarillo propenso al hormiguillo.* (Hormiguillo es una enfermedad que da en los cascos).

*Mula mal salada no aguanta jornada.* La sal es un alimento indispensable para los animales de carga.

Es verdad que en arriería el animal más cotizado es la acémila, la cual, sea macho o hembra, se designa con el nombre de mula, pero esto no quiere decir que no se utilicen los caballos, que también son muy buenos, aunque menos resistentes que aquellas.

Para adquirir en la feria un buen caballo es necesario tener en cuenta esta máxima, que se refiere a las pintas blancas en las extremidades del animal:

De una, bueno;  
de dos, mejor;  
de tres, maluco;  
de cuatro, peor;  
y llegando a cinco  
vuelve a lo mejor.

Esto es: que si tiene una pata blanca o parte de la cabeza, es bueno; si tiene dos, es mejor; el de tres o cuatro extremidades blancas es malo, y el de cinco es mejor que los demás.

La yegua no sirve para la arriería ni siquiera para tirar el molino, y por este motivo se tiene el refrán siguiente: *La molienda no es con yeguas*. Cuando viene el duelo verbal entre dos o varios arrieros, como preludio de una pelea, se oye esta frase para significar que quien lo dice no es un tímido y mucho menos un cobarde:

*La molienda no es con yeguas, digo,  
porque yo no me entimido.*

No hay la menor duda de que la enjalma es en arriería el objeto más importante después del animal.

La enjalma se hacía con manta hilada y tejida en la región, y se vendía en el mercado del Socorro hasta la aparición de la lona, que la desplazó completamente. Consta de dos talegos, prendidos el uno al otro por la parte superior, henchidos de paja y algunos armantes de hoja de cañabrava. Extendida tiene la forma de un colchón corto, con las cuatro puntas y el lugar por donde pasa la cincha ribeteados en cuero. Estas puntas se llaman cobijones. Doblado el colchón por la mitad, se ve en la parte superior un semicírculo sin henchir que se llama falso. A pocos centímetros de las puntas, en el lado opuesto al falso, van dos chapetas u orejas de cuero con agujeros para amarrar la retranca (en arriería se dice arretranca). Esta es un pretal que se pone atrás al animal para evitar que la enjalma con la carga se vayan hacia adelante. La arretranca lleva a su vez otra pieza menor, que evita que caiga demasiado e impida caminar al animal: se llama sobretarria.

En un animal brioso la subida del arretranco o arretranca puede ser fatal, porque se encabrita de tal manera que es muy

difícil contenerlo. Por esto, cuando alguna persona monta en ira, dicen que se le subió el arretranco.

La enjalmada y cargada del animal se hacen por el lado izquierdo, o, mejor dicho, por el lado del arriero, porque los animales, según ellos, no tienen lado derecho ni lado izquierdo sino lado del caporal y del arriero, respectivamente, y pobre del que se equivoque.

Para enjalmar un animal se desmenuza bien la paja en un pedazo de tela cuadrado que llaman cañamazo, guateque, sufridor o coletó; luégo se recogen las puntas hacia encima, haciendo un envoltorio de forma rectangular, el cual se coloca sobre el lomo del animal a lo largo y sobre otro pedazo de tela pequeño que se llama guardapelo. Se pone encima un sudadero de paja y luégo se monta la enjalma, que es sujeta con la cincha al animal. Debe tenerse el cuidado de dejar la enjalma en su puesto preciso, teniendo en cuenta esta regla, que es infalible: *la mula a la crin y el arrequín al cuadril*, lo que quiere decir que la mula carga hacia adelante y el caballo hacia atrás.

Quien oye la anterior lección puede creer que la cosa es muy sencilla, pero es seguro que si tuviera que hacerlo muy pocos pelos le quedarían al desventurado animal, y si fuere asistida la operación por una o varias personas versadas en esta difícil materia oiría este versito que suelen aplicar a quienes no saben ejecutar tal operación:

Dando un suspiro la enjalma,  
le dijo al sudadero:  
en el modo de enjalmar  
se conoce el buen arriero.

Viene luégo la tarea de la cargada.

Suponiendo que va a hacerse este trabajo con un animal indómito, se le dan gritos de quieto y otras muchas imprecaciones o maldiciones, y en la mayoría de los casos echándole en cara al pobre animalito la reputación de su progenitora y otras cosas más. Como complemento de lo anterior, llueve sobre la barriga del bruto toda una tempestad de puntapiés, y si esto no es suficiente se le toma el labio superior y se mete entre la argolla de la zurriaga y se principia a torcer el palo, haciéndole a la vez fuerza hacia abajo. Con esta tortura el animal, quiéralo o no, se resigna a recibir la carga, pero una vez libre del suplicio, el asunto será de otro modo.

La operación de tomar el labio superior del animal en la forma indicada se llama arcialar, y las vueltas arcial:

Equilibrar las cargas, es decir, hacer el cálculo de lo que debe llevar el animal en las dos porciones de su carga, es una tarea difícil, sobre todo si se trata de cosas de distinto volumen (ellos dicen velumen). Veamos la reglita en verso que ellos tienen para el caso:

Cuatro arrobas de panela  
por una arroba de algodón.

Luégo dan una idea de la guerra que puede dar la carga, rematando de la siguiente manera:

para una mula cuatro arrieros,  
el caporal y el patrón.

Una vez calculada la carga se coloca el primer bulto encima del segundo, para amarrarle la cuerda que ha de dejar los dos tercios, como los llaman, en balanza sobre el animal.

Se conocen varias formas de prender la cuerda que llaman lazo de cargar, aunque casi siempre se trata de un rejo:

Estilo (sic) antioqueño, que es la forma más simple.

Estilo barichara, un poco más complicado.

Estilo puertano, que lleva una serie de vueltas y revueltas, rosetas y muchas otras filigranas más.

Hay otros procedimientos más que no alcanzan a tener el título de estilos, sino simplemente a lo panelero y a lo yuquero.

Colocado el animal en forma para recibir la carga, es decir, con el lado izquierdo hacia el arriero, éste tira el bulto de encima y lo suspende sobre sus rodillas; luégo, con el brazo izquierdo en ángulo, lo recibe sobre el antebrazo, mientras con la mano derecha lo levanta de la otra punta como para echárselo al hombro, poniendo a la vez el cuerpo en posición vertical; lo sube un poco más, dando un ligero sacudón, y dobla un poco el cuerpo hacia atrás para ganar la altura del animal; lo descansa sobre el lomo, mientras con la mano derecha le da el bote hacia el otro lado, en donde es recibido por el caporal. Hace una lazada grande con el lazo de cargar y la pasa hacia adelante. En seguida sube el segundo bulto, lo embozala, vuelve la cuerda hacia adelante, da una vuelta que llaman jurado, y anudan atrás. Existe una regla infalible y, como

casi todas las de arriería, en verso, que nos indica cómo debe quedar la carga y las consecuencias de una mala operación:

Carga abierta, mula muerta y arriero descansado.

Carga cerrada, mula descansada y arriero maltratado.

Esto quiere decir que la primera forma causa mataduras al animal y que la segunda no, pero en cambio da mucha guerra al arriero.

Si la operación de la subida del primer bulto no es perfecta, el animal recibe un trancazo que lo hace perder el equilibrio, y como consecuencia de ello el caporal puede recibir un pisotón que lo hará ver estrellas, y que enfurecido grita más o menos: *arre..., a enjabonar a su tierra*; o si no hay consecuencias graves dice, en son de burla: *su taita no era cerquero de piedra, o Nuestra Señora de la Salú (sic) está en el Páramo, etc., etc.*

Ocurre generalmente que la subida defectuosa del primer bulto ladea la enjalma hacia el lado del caporal, y el arriero la equilibra dándole un fuerte tirón con ambas manos. El pobre caporal siente en estos instantes sobre su cabeza, o a lo largo de la columna vertebral como si el bulto, más el arriero, más el animal y una catedral por añadidura se le vinieran encima, y entonces critica la brusquedad de su compañero de labores con estas palabras: *Sáqueme la mama pero no me saque la enjalma.*

Colocados los bultos en la forma indicada se pone la baticola como si se fuera a prender a las orejas del animal y se pone la sobrecarga, que es un rejo largo que lleva en uno de sus extremos un cinchón con garabato de madera, hueso o hierro. El arriero larga el cinchón por sobre el cuello del animal y bota el rejo por el lado de atrás, dejando en la mano un dobléz de éste. El caporal toma el cinchón y lo sube sobre la carga, y haciendo con el rejo un bozal que llaman encomienda, pasa por entre él el cinchón y procede a pasarlo por debajo del animal, botando el rejo sobrante encima de la carga. El arriero engarza el garabato en el dobléz del rejo y con la cuerda que está sobre la carga, y hace dos bozales que pasan por los cobijones de la enjalma y que se llaman riatas. Viene después la apretada y amarrada final, la postura de la baticola en su lugar y la colocación del pretal delantero, y queda listo el animal.

Si el caporal pasa el cinchón con el garabato hacia atrás, le grita el arriero: *Sus narices son patrás.* Por mucho tiempo estuve

averiguando la lógica de esta expresión, sin conseguirlo, pero un día el confidente de mi padre me sacó de dudas mostrándome un garabato hecho del hueso de la mandíbula inferior de vaca, y verdad que tiene la configuración de una nariz deforme.

Spongamos cargados los ocho o diez animales que generalmente se asignaban a un arriero con su caporal, y después de pagadas las cuentas se oía el grito de adiós desde el patio, seguido por este grito, que era como una voz de mando para toda la recua:

¡Ah, mulas de los diablos!  
¡Arribita hacia la loma,  
a trabajar pa que otro coma!

Las comidas de los arrieros eran las siguientes: Entre las cuatro y las cinco de la mañana se tomaba un chocolate a soplo y sorbo, el arriero en su coquito que llevaba amarrado a la cintura, y el caporal en la olleta de cobre. Luégo, mientras el arriero traía los animales del potrero, el caporal hacía un puchero, que era comido con gran precipitación antes de principiar a cargar. Últimamente la merienda o asamblea, que era la comida que podía hacerse con algún sosiego. Más o menos a mediodía quitaba el arriero un pedazo de carne de la que llevaba sobre las cargas expuesta al sol, y mandaba al caporal a que se adelantara y la tuviera asada; este piquete se engullía sobre la marcha.

Puesta en camino la partida, el caporal se encargaba de seguir los animales, dejando vendados con el tapaojo, a un lado de la vía, los que necesitaban algún arreglo en su carga.

El arriero iba detrás enderezando unas cargas, cerrando otras, templando pretales o baticolas, arreglando riatas, acertando o alargando arretrancos, etc., etc.

La faena subía de punto y tomaba caracteres de tragedia cuando se llegaba a malos pasos, que en época de lluvias generalmente era todo el camino. Entonces se remangaban el pantalón hasta más arriba de la rodilla, y mientras el caporal tiraba del cabestro uno por uno los animales, el arriero, dando un fuerte grito acompañado de un azote, empujaba la bestia hacia adelante, poniendo la mano en los bultos o tirándolos hacia arriba cuando estaban caídos. Si a pesar de esto el animal no podía levantarse, era necesario descargarlo y llevar a cuestras los tercios a un lugar firme para volverlo a cargar. Era entonces cuando arriero,

caporal y mula parecían más bien figuras de barro que seres vivientes.

Después de un día de mil aventuras, o más bien de desventuras y penalidades, se llegaba a la posada.

Las casas de posada estaban dotadas de una sala bien amplia, rodeada de corredores para los arrieros, en uno de cuyos extremos había varios fogones de tres piedras para la cocina de éstos. Estaban dotadas del cuarto de la tienda, con una ventana puesta en dirección horizontal, y que cerraba hacia arriba. Abierta, servía a la vez de mostrador. Tenían, además, unas pocas piezas más para uso de la familia, y uno o dos cuartos destinados a alojamiento de personas importantes.

Para el descargue de los animales se iban acercando uno por uno, ejecutando la operación en primer lugar con los que estuvieran aparentemente enfermos o con los que mejor comportamiento hubieran tenido en el día.

Se completaba con las cargas un rectángulo, quedando al fondo la pared; el espacio central era el destinado para pernoctar. Este cuadro lo llamaban cavachuela.

Mientras el arriero desaperaba e iba poniendo las enjalmas sobre la respectiva carga del animal y curaba las mataduras, el caporal encendía fuego en la cocina de los arrieros y procedía a hacer la comida, que casi siempre era una mazamorra.

Venía la hora de comer, y esto se hacía con gran animación y en medio de una tertulia muy agradable. Seguramente por esto la llamaban asamblea, nombre que daban también a la mazamorra.

La conversación versaba sobre las ocurrencias del día, y generalmente haciendo la mofa al pobre chico que hacía sus primeras experiencias como caporal.

Cuando este tema se agotaba, alguno echaba su *cuítiva* (sic) para narrar cualquier hecho real o supuesto.

La *cuítiva* o ensaladilla era una serie de palabras con alguna rima, y que tenía como única finalidad distraer sin causar perjuicios a la reputación de nadie. La *cuítiva* casi siempre terminaba con alguna palabra de doble sentido o con otra insultante, pero era dicha con tanta gracia, que generalmente ninguno se daba por aludido, sino cuando más hacía el esfuerzo por recordar otra, y la disparaba en seguida, convirtiéndose la tertulia en verdadero duelo verbal.

Veamos algunas de ellas:

Caballos habrá ligeros  
pero no como mi potro,  
cuando yo quiero que ande  
no se me mueve tampoco.

Ligero como una bala,  
gordo como una pelota,  
y pa levantar una pata  
le pide permiso a lotra.

Esto para exagerar las cualidades de un caballo; veamos los diálogos de las mulas hablando mal de sus amos:

El rucio le dijo al bayo:  
¿cómo le va, compañero?,  
y el bayo le contestó:  
pasando dos mil trabajos  
desde que faltó el overo.

El rucio volvió y le dijo:  
no se le dé nada, bayo,  
que si hemos de morir cargando,  
a palos de un mal arriero,  
así que nosotros muramos,  
van a enjalmar a su madre  
o al gran puerco de su abuelo.

Veamos ahora cómo se contaban sus pesares y hablaban mal del arriero, no sin deseárselo algunos males:

Aligeró el paso la mora  
y alcanzó a la mula baya,  
y en palabras amistosas  
le habló de esta laya:  
Qué talito, compañera,  
¿cómo le va de jornada?  
La baya le contestó:  
Muy mal, querida hermana,  
porque el chambón del arriero  
me dejó asentando la carga,  
y creo que hasta mis riñones  
los está moliendo la enjalma.  
La mora volvió y le dijo:  
A yo no me curó las llagas  
por estar carantoñando  
la moza de la posada.

La baya le murmuró:  
Quién pudiera al descuido  
mandarle una patada  
pa que se vaya al otro mundo  
y el diablo cargue con su alma.  
Y la mora arremachó:  
Y que le ponga en las costillas  
dos piedras por enjalma,  
un cinchón de alambre espinoso  
que lleve la sobrecarga,  
y que le ponga de baticola  
dos hojas de macana  
y que nuestro hermano el burro  
lo arrié con la zurriaga.